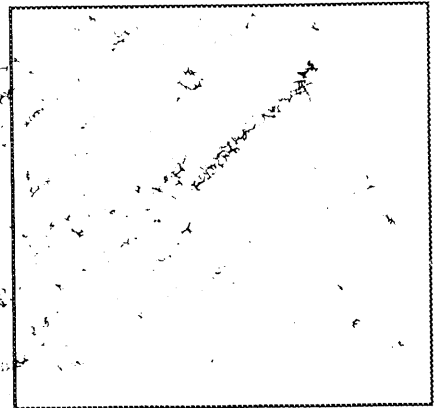
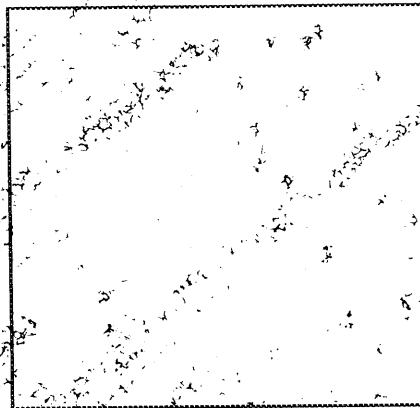
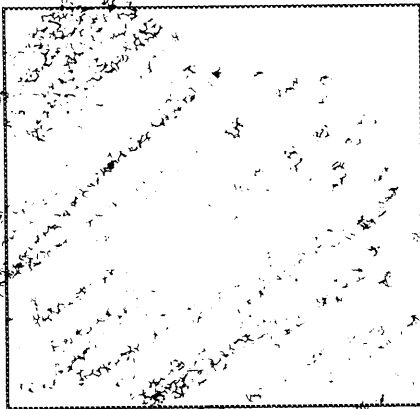
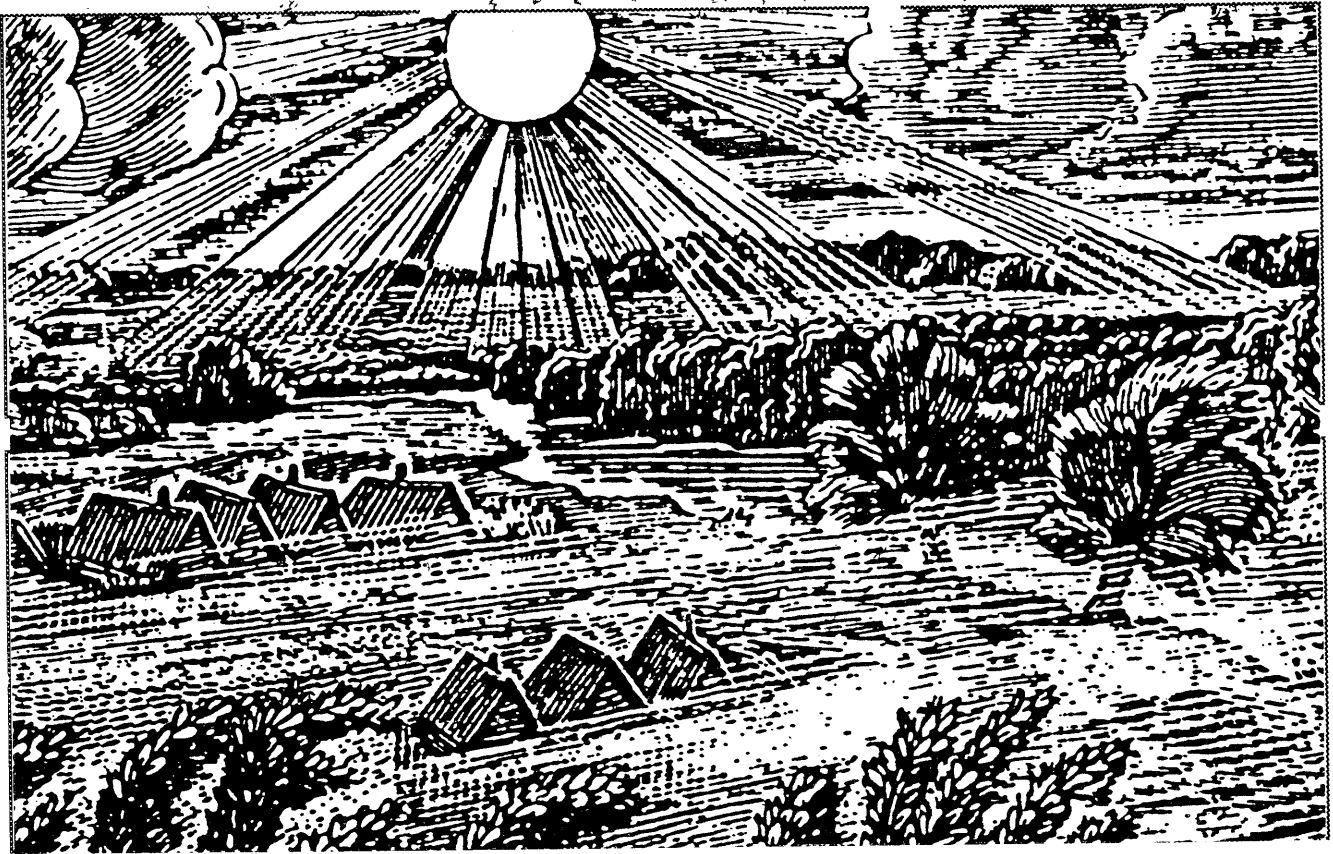
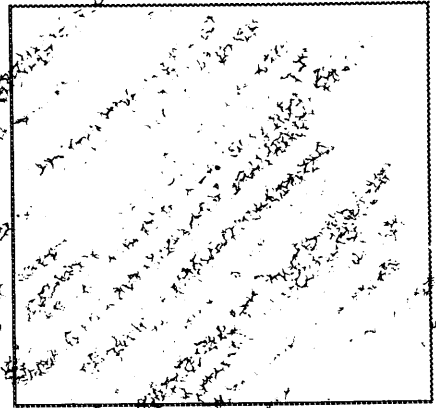
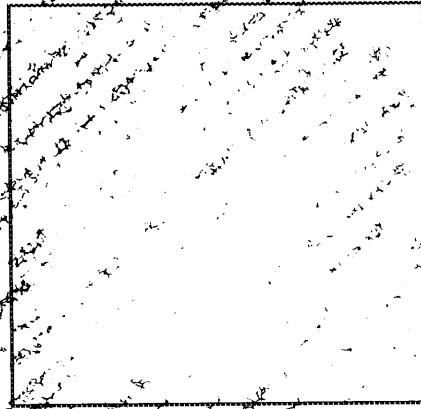




José Francisco Conde Ortega

CELEBRACION

Tomo tu cuerpo en la mañana
como a la fruta más dulce de la mesa.

Sonríes entre el sueño.
Afuera la primera claridad espera.
Con las últimas sombras iniciamos la jornada:
tu cuerpo me ilumina y aprendo la lección.

Hermosa guerrera sin coraza:
detienes el tiempo con tu mano
y escribes tu propia fábula:
mi nombre y el nombre de la noche,
el adiós a la última sombra.

Despacio, con dedos armados de paciencia
inicio la búsqueda consagratoria,
la luz más secreta entre tus muslos;
y conozco la buenaventura del pan,
la sal que nace de la vereda más antigua.

Y sabemos deletrear el alba
en la música de todas las mañanas.

Nace el día
porque *los pequeños pies dorados* de la aurora
nos encuentran juntos.

Tu cuerpo es mío.
La claridad me encuentra renacido.

PRESAGIO

Abril es el mes más cruel
y asediamos la ventura del ángel.

Agosto es lirio en el ojo de un gato
y leemos chorros de alcohol
en el acecho de las aves de rapiña.

Yo conozco el cuarto día de septiembre
cuando se afila el aire,
cuando naciste
al amparo de todos los presagios.

Y septiembre es unos labios
que me llaman desde el otro lado de la tarde;
una piel que madura su tibieza
en la sombra de mi cuerpo; la sonrisa
que suaviza el licor del otoño más artero.

El presagio de septiembre es un pájaro
de arena y el perfume de una tarde:
la adivinada espera
de conocer tu nombre y repetirlo.